



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El pensamiento de Paulo Freire en Un día en la vida de Manlio Argueta

Autor: López-Calvo, Ignacio

Forma sugerida de citar: López-Calvo, I. (1999). El pensamiento de Paulo Freire en Un día en la vida de Manlio Argueta. *Cuadernos Americanos*, 3(75), 183-188.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 75, (mayo-junio de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## El pensamiento de Paulo Freire en *Un día en la vida* de Manlio Argueta

Por Ignacio LÓPEZ-CALVO  
California State University, Los Ángeles

EL PEDAGOGO de la liberación Paulo Freire muere en mayo de 1997 en São Paulo, pero la huella de su pensamiento queda marcada en la literatura iberoamericana. Sus obras *Pedagogía del oprimido*, *Pedagogía de la esperanza*, *Pedagogía de la autonomía*, *La educación como práctica para la libertad*, *Educación y cambio*, *Acción cultural para la libertad* y *Cartas a Guinea-Bissau* constituyen un fecundo marco teórico para la literatura liberacionista del continente. En especial el ensayo *Pedagogía del oprimido* (1970) marca un cambio drástico en la concepción de lo que tradicionalmente había significado el verbo *educar*: para Freire —como para Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff y otros pensadores de la liberación— antes de salvar el alma del desfavorecido, es necesario que éste tome conciencia de la situación de opresión e injusticia en que se hallan los grupos sociales dominados. Consciente de que todo aprendizaje lleva consigo una postura ideológica, Paulo Freire sugiere una revolución cultural que libere al ser humano, lo haga sujeto de su propio destino y mejore, al mismo tiempo, su situación económica: es necesario alfabetizar a la vez que se promueve entre los educandos la capacidad de crear juicios críticos sobre la realidad sociopolítica en que se vive. El educador, por otra parte, debe ser a la vez un educando que aprende a la vez que enseña. El conocimiento empírico de lo que significa el exilio, la tortura y el encarcelamiento, facilita a Freire su visión solidaria hacia el pobre en Iberoamérica.

Una de las novelas en que, a mi juicio, se puede observar un obvio diálogo con el pensamiento de Paulo Freire es *Un día en la vida*,<sup>1</sup> del salvadoreño Manlio Argueta. Al contrario de lo que ocurre en muchas novelas iberoamericanas anteriores y contemporáneas, se presenta el ejemplo de un campesino que es sujeto activo de su propia liberación. Una vez que logra tomar conciencia, gracias a

<sup>1</sup> San Salvador, UCA, 1980.

los consejos de los curas nuevos, decide luchar valientemente por sus derechos, siempre con un rechazo explícito al uso de la violencia. En los primeros capítulos se hace referencia a la época en que aún no existía el diálogo entre el sacerdote y los campesinos: la Iglesia tradicional consentía pasivamente la explotación de los campesinos e incluso contribuía a ella pidiéndoles donativos y alimentos para su propio consumo. Como antídoto les aconsejaban resignación, con la promesa de un paraíso en el otro mundo o la amenaza del infierno. Admitían incluso con cierta indolencia la mortandad infantil con tal de que los niños estuvieran bautizados.

Pero más adelante llegan al pueblo curas jóvenes —la versión eclesiástica del hombre nuevo— con la intención de educar para la libertad, como aconsejaba Freire. Pronto organizan a la población en cooperativas para que puedan sacar un mejor provecho de sus ganancias, abandonan el uso del latín y llevan canciones de protesta a la Iglesia para concientizar al pueblo sobre su situación. Se preocupan ante todo de frenar la mortalidad infantil y, en fin, se acercan más al pueblo y le dan confianza para luchar unidos. Los primeros sacerdotes sufren tortura a manos de las autoridades, pero pronto llegan otros nuevos para continuar la lucha, lejos de la anterior postura de aquiescencia con el poder. Don Sebastián, el dueño del bar —que es uno de los pocos personajes pertenecientes al pueblo que mantiene conversaciones con las autoridades— no consigue asimilar esa insólita transformación en el seno de la Iglesia: según él “se han tirado a los finqueros encima, ahora no los pueden ver ni pintados, pues los curas han traicionado a quienes siempre les hicieron bien” (p. 30).

La importancia de esa toma de conciencia de la intolerable situación en que vive el pueblo es una de las premisas de Freire que se ven reflejadas con mayor claridad en la novela. Como consecuencia de las enseñanzas de los nuevos párrocos, los campesinos muestran haber tomado conciencia de lo importante que es la educación de sus hijos para que no puedan ser engañados como lo fueron ellos. Paradójicamente, aunque en un principio uno de los personajes, Guadalupe, cree que la conciencia le permitirá resistir las penurias con menores sufrimientos, más tarde se contradice al reconocer que desde que empezaron a exigir sus derechos la vida se había hecho imposible para los hombres del pueblo. En cierto modo —como aseguraba Freire en *Pedagogía del oprimido*— a veces resulta más cómoda para el oprimido la seguridad de la esclavitud que el sacrificio de su generación para beneficio de las

posteriores (p. 38). Antes de la llegada de los nuevos sacerdotes, Guadalupe pensaba que Dios quería su pobreza y asumía —como ya expuso Freire—<sup>2</sup> que así debía ser porque ése era su destino (p. 135). En cambio, ahora deja de aceptar sus sufrimientos resignadamente (esperando una recompensa en el otro mundo), porque ha descubierto que “existe algo llamado derecho” (p. 27). Su pueblo se da cuenta, por una parte, de que “la verdad no debe confundirse con la sumisión” (p. 28) y, por otra, de que el patrón nunca podría permitirse prescindir de sus servicios. El término *conciencia* adquiere tal importancia que los personajes se esfuerzan en definirlo: para Guadalupe quiere decir *a*) “saber por qué” (p. 73), es decir, conocer las causas de su condición (p. 92); *b*) darse cuenta primeramente de que se es pobre, para, más tarde, intentar remediarlo (p. 43) y *c*) sacrificarse solidariamente por los compañeros sin esperar nada a cambio (p. 136). Se llega a afirmar, en suma, que la conciencia es Dios y son los pobres (p. 163).

No obstante, algunos comentarios nos hacen cuestionar seriamente qué representa, en realidad, esa “toma de conciencia”. Si se tiene en cuenta la siguiente afirmación de Guadalupe: “Chepe es mi conciencia” (p. 136), uno podría inclinarse a pensar que, entonces, el coordinador será la conciencia de los educandos, que Freire será la conciencia de los oprimidos... y que no sería tanto concientizarse como aceptar las ideas del otro. Otra prueba de ello es que ni siquiera van a misa por pura convicción de creyentes sino más bien porque, como afirma Guadalupe, se sienten a gusto allí: “La verdad que Chepe y yo no somos muy católicos pero era un lugar bonito para ir los domingos” (p. 25). ¿Dónde se encuentra, pues, el límite entre sugerir temas o discusiones para que tomen conciencia por sí solos, y el decirles indirectamente cuáles son sus problemas o cómo deben actuar? De darse el caso, no podría decirse que estemos ante un caso de “despotismo ilustrado,” pues pretenden contar con el apoyo del pueblo para que participe en su propia liberación, pero tampoco estaríamos hablando de una autoconcientización. Apps se hace eco de este hecho en la crítica que hace del pensamiento freiriano y menciona que es probable que el coordinador termine por dirigir indirectamente las discusiones y, con ello, las respuestas, dado que la comunidad espera de él un papel dominante.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido* (1970), México, Siglo XXI, 1990, p. 57

<sup>3</sup> Jerold W. Apps, *Problemas de la educación permanente*, Barcelona, Paidós Educador, 1990, p. 139.

De cualquier modo, es obvio que a la oligarquía salvadoreña de *Un día en la vida* le conviene que el campesinado continúe sumido en la ignorancia para poderlos explotar más fácilmente. Sin embargo, poco a poco ellos mismos tratan de transformar la realidad por medio de la educación liberadora y problematizadora que desea Freire: ya que ellos no han tenido acceso a ella, esperan que al menos sus hijos puedan beneficiarse de sus ventajas. En la misma línea de protesta, otro personaje, Rubenia Fuentes, critica el injusto reparto de la riqueza: se queja de la existencia de “fincas yermas, para pasto de ganado” (p. 51) que ellos no pueden utilizar pues significaría una violación de la propiedad ajena, que es sagrada.

A pesar de la “dudosa” toma de conciencia de Guadalupe antes mencionada, es cierto que al menos la mujer ha tomado conciencia de su condición social de explotada. La narradora denuncia que ellas son también esclavizadas, pues tienen que hacer el trabajo de sus maridos para que el patrón pueda explotarlos más tiempo. Este cambio de mentalidad acerca a los personajes al ideal del hombre y la mujer nuevos que busca la teología de la liberación. El ejemplo más nítido lo tenemos en José (Chepe): Guadalupe explica cómo ese campesino tosco, bebedor y vividor que era su marido, empezó a convertirse en un hombre que se preocupaba por el prójimo y se desvivía por la comunidad, siempre con la mayor humildad. Para completar su imagen, el sufrimiento de la tortura lo eleva finalmente a la estatura de héroe o incluso de mártir, puesto que elige padecer sufrimientos antes que dar la espalda a sus principios.

En *Teología de la liberación. Perspectivas* Gustavo Gutiérrez cita a Politzer en el sentido de que “el esclavo es tanto más libre cuanto más esclavo, es decir, cuanto más intensa y profunda es su sumisión”.<sup>4</sup> José, en cambio, renuncia a la comodidad que pueda suponer dicha esclavitud para emprender una vida disciplinada, preocupándose con devoción por los demás. Por tanto, la presencia del hombre nuevo en la novela de Argueta destaca tanto por su toma de conciencia como por la ejemplar asunción de la lucha no violenta que lo lleva a declarar, por ejemplo, que no desea mal a nadie, “ni tan siquiera al cabo Martínez”.

En la novela de Argueta la violencia institucional alcanza proporciones rayanas en lo inexplicable: se mata a un hombre por

<sup>4</sup>Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas* (1971), Salamanca, Sígueme, 1990, p. 227.

negarse a mostrar su documentación, cortan la cabeza al responsable de una manifestación, e incluso se habla del asesinato de más de cuarenta mil personas. A ello se une la trágica situación que se presenta con la puesta en escena de los desaparecidos: se dice en la obra que “es peor la angustia del desaparecido pues con el muerto viene la consolación” (p. 139). No contentos con haber torturado hasta sacar un ojo a José, los militares vuelven a su casa para atemorizarlo más. Ni siquiera respetan a los curas comprometidos en la opción por los pobres: al principio se impone el respeto tradicional al sacerdote, pero al final acaban torturándolos como a los demás con la excusa de que pretendían infiltrar el comunismo entre los campesinos. Así, comenta Lupe: “Comenzaron a decirnos que los curas nos habían insolentado, nos han metido ideas extrañas” (p. 24). Pero las mujeres —incluso las niñas— son las víctimas más sufridas; de ahí la impresión negativa que tiene el pueblo de los militares: “¿Quién los había pervertido y les había lavado la sangre pues no era sangre de la raza, ni de cristianos ni de obreros lo que les corría por las venas?” (p. 149). Sin embargo, en ningún momento los personajes cuestionan la opción por la lucha no violenta. La postura dialógica está asumida y el campesino casi nunca reacciona con violencia a las provocaciones; aprende, eso sí, a no bajar la cabeza ante el patrón, que es lo que más le ofende, y a no responder violentamente a las agresiones. En este sentido, dice Guadalupe, la narradora, “la peor ofensa es que no se les tenga miedo, que no se les responda cuando golpean con sus culatas” (p. 108).

Pero no todos los personajes del pueblo en *Un día en la vida* demuestran haber cambiado su sistema de valores, para tomar conciencia de la situación de los suyos. El antagonista del hombre nuevo es el crédulo campesino subopresor: reniega de su propia ascendencia precolombina porque así se lo han enseñado en el ejército. Dicha actitud responde al “mito de la pereza y falta de honradez del oprimido y de su inferioridad ontológica” mencionado por Freire.<sup>5</sup> Por el mismo camino, el antagonista sostiene: “No es por hablar mal de la raza de uno, pero los indios somos huevones, todo queremos que nos caiga del cielo. Somos muy conformistas” (p. 76). Se lamenta, asimismo, de su condición de mestizo: “Los españoles no anduvieron matando indias y así salió nuestra raza [...] los latinos no somos ni chicha ni limonada, con este colorcito

---

<sup>5</sup>Freire, *Pedagogía del oprimido*, p. 179

culero" (p. 77). La creencia ciega en lo aprendido en la escuela militar lo ha alienado; asegura que prefiere "lo extranjero porque lo extranjero no viene a joder, casi siempre viene a hacer el bien" (p. 102). De cualquier modo, el resto del pueblo no puede evitar reconocer en las autoridades a personas como ellos: Chepe explica a su esposa que no son malditos, que tan sólo con prestar un poco de atención puede uno darse cuenta de que son como los demás campesinos, que no tienen riquezas como sus superiores, sino que simplemente luchan al lado de su propio enemigo. La misma Guadalupe afirma que, a pesar de que el cabo Martínez es autoridad, su madre sufre escasez de alimentos. El cabo se avergüenza de que lo vean sus antiguos vecinos porque se siente traidor pero, al mismo tiempo, cree haberse superado en la vida. Otro de los subopresores llega a idénticas conclusiones cuando advierte a su compadre: "Le tienen envidia a nuestro uniforme, al hecho de haber ascendido en la vida" (p. 80). Vuelve a tomar como testigo de humanidad al opresor y, por ello, pretende liberarse, poniéndose a su nivel: "Así es como he subido" (p. 95). Por último, sin abandonar el diálogo con *Pedagogía del oprimido*, Guadalupe Fuertes se lamenta de su impotencia para luchar contra un enemigo invisible: "Yo nunca he visto al dueño de la finca" (p. 52). En este sentido, Paulo Freire denunciaba la frecuencia con que el oprimido se encuentra con una "impersonalidad opresora" o de "una cierta invisibilidad del poder opresor" (p. 227).

En conclusión, la pedagogía freireana se transforma en novela gracias a la obra de Argueta, para producir un fructífero diálogo con objetivos comunes: la solución reformista que propone Argueta coincide con la postura pacifista, de rechazo a los cambios radicales, del último Freire. La liberación de las estructuras sociales de opresión no les viene dada "desde arriba" a los campesinos de *Un día en la vida*, sino que son ellos mismos —una vez concientizados por los curas nuevos— quienes toman las riendas de su propio destino. Los sacerdotes de la novela de Argueta se alejan del paternalismo del que adolecían los de otras novelas, como *La oscuridad radiante*, del boliviano Oscar Uzín Fernández, en donde se presentaba una lucha "por" los campesinos, en lugar de "desde" los oprimidos.<sup>6</sup> El campesino de Argueta es un sujeto liberador de sí mismo y de su sociedad, que aprende a acompañar sus acciones de una reflexión previa.

<sup>6</sup> Oscar Uzín Fernández, *La oscuridad radiante*. La Paz. Los Amigos del Libro, 1978.